

# San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas

por fray Frank DUMOIS, O.F.M.

EN EL SIGLO XVIII BRILLAN EN ITALIA TRES grandes misioneros populares; dos de ellos fundadores de congregaciones religiosas. Del primero nos ocuparemos en este artículo: San Pablo de la Cruz, fundador de los Padres y Hermanos pasionistas; San Alfonso María de Liborio, fundador de los Redentoristas (Congregación del Santísimo Redentor: C.SS.R), patrono de los moralistas y el franciscano San Leonardo de Porto Mauricio, patrono de las misiones entre fieles.



Así en ese siglo, refinado y escéptico que vio surgir la Revolución francesa, se oyó la voz de estos tres santos, que, imitando al gran San Pablo, predicaban a “Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles” (cfr. 1 Cor 1,23).

Nació nuestro santo Pablo Danei, en Ovada, provincia de Génova (Liguria), en el noroeste de la península italiana, curiosamente en 1694, el mismo año en que Voltaire, el escritor francés que emplearía todo su brillo literario para combatir a la Iglesia católica.

Se dice que cuando nació Pablo su estancia se iluminó con un resplandor tan grande que las lámparas parecían apagadas.

Sus padres Lucas y Ana María lo educaron por los caminos del Evangelio. La madre lo instaba a encontrar en la Pasión de Cristo la fuerza para superar las pruebas. Su padre le leía las vidas de santos y le enseñaba lo dañino que son las malas compañías. El niño Pablo progresó, aleccionado por los consejos de sus padres y las lecturas cristianas, de tal modo que ya se vislumbraba la santidad a la que llegaría en su larga vida.

Siendo niño cayó en el río Tánaro, y cuando parecía que iba a terminar allí su vida, se le apareció la Santísima Virgen liberándolo de la inminente muerte. Este acontecimiento salvífico incrementó su devoción a la Madre celestial que marcaría toda su vida.

Ya a los 7 años Pablo era modelo de todas las virtudes, destacándose por su devoción a la Pasión de Cristo, a tal punto que pasaba largas horas del día y de la noche

meditando los dolores del Redentor y creciendo en los deseos de asemejarse al Crucificado.

A los 15 años, un inspirado sermón tuvo gran trascendencia en su vida. El tema era la frase evangélica: “Si no se convierten y no hacen penitencia todos perecerán.” Él llama este momento su “conversión”. Hizo confesión general de su vida y a partir de entonces extremó las penitencias. Dormía en el suelo, ayunaba, dedicaba varias horas de la noche a orar y a leer libros piadosos. Los viernes de todo el año no comía más que un poco de pan y bebía hiel y vinagre para imitar a Cristo crucificado. Luego organizó con algunos de sus compañeros una asociación de jóvenes para ayudar a los demás, con sus palabras y ejemplos, a ser mejores cristianos. Varios de estos muchachos abrazaron después la vida religiosa.

Hacia 1715, deseoso de servir a Cristo, se enroló en Venecia en el ejército con el que el papa Clemente XI pensaba luchar contra los turcos, que amenazaban la Cristiandad europea. Pero un día en que adoraba el Santísimo Sacramento en su templo Dios le hizo saber que quería para él otro camino que el de las armas. Abandonado el camino militar, sirvió algunos meses en casa de una familia y luego regresó a su casa. Después un tío sacerdote le dejaba una herencia para que contrajera matrimonio, que también rehusó, así como otros prometedores negocios que se le presentaron. Preveía que el Señor quería de él otros caminos. Se quedó varios años en la casa de sus padres dedicado a la oración y a la caridad hacia los más necesitados.

Entre tanto tuvo varias visiones y revelaciones divinas en las que Dios le dio a entender que debía fundar una nueva Congregación, cuyo fin sería propagar la devoción a la Pasión de Cristo. En una de estas apariciones vio a la Santísima Virgen vestida con un hábito negro, y en el pecho un escudo en forma de corazón, y en el fondo letras blancas con la inscripción “Jesu Christi Passio” (Pasión de Jesucristo), declarándole que así debía ser el vestido de los miembros del nuevo Instituto religioso. Pablo presentó estos mensajes al obispo de Alejandría (Piamonte), monseñor Gattinara y a su director espiritual. El obispo, después de consultar con prudentes sacerdotes le revistió el hábito de la Pasión el 22 de noviembre de 1720. La semilla de la Congregación de los Pasionistas (C.P.) estaba echada, Pablo se pasó 40 días en una habitación junto a la sacristía de la iglesia de San Carlos, en Castellazzo, para redactar las Reglas de la futura comunidad que en un primer momento, se llamó “Los Pobres de Jesús”. Vivía todo el tiempo a pan y agua y durmiendo en un lecho de paja. Sus experiencias y el estado de su espíritu en los 40 días fueron plasmados en su “Diario espiritual”.

Monseñor Gattinara aprobó también las Reglas que por su orden había escrito Pablo de la Cruz y le mandó, aún siendo laico, que predicara a los pueblos (1720). Conocida su santidad hicieron lo mismo los obispos vecinos y un prelado tío materno de San Alfonso María de Liborio. Este último le aconsejó que fuera a Roma a entrevistarse con el Papa Benedicto XIII (1721-30), lo cual hizo en 1721. Con todo, los oficiales de la residencia papal lo consideraron un aventurero más y no lo dejaron entrar. Pablo aceptó humildemente tal contratiempo pensando que ya Dios le depararía otras circunstancias. En la basílica de Santa María la Mayor de Roma, ante la Virgen “Saluds Populi Romani” (Salvación del Pueblo de Roma) hizo voto de consagrarse a promover la memoria de la Pasión de Jesucristo. Lo cumplió hasta el fin de su vida, con todo fervor.

Al santo se unió su hermano Juan Bautista y recibieron el sacerdocio de manos de Benedicto XIII. Los dos hermanos abandonaron Roma para marcharse a Monte Argentario, montaña de 600 metros que forma una pequeña península en la provincia italiana de Grosseto (Toscana).

Los primeros candidatos que se presentaron para entrar en la nueva Congregación encontraron demasiado duro el Reglamento y se retiraron. Mientras tanto San Pablo de la Cruz y un compañero suyo viajaban por los pueblos predicando misiones y obteniendo muchas conversiones.

Clemente XII (1730-40) le otorgó el título de misionero apostólico y Benedicto XIV (1740-58) nombró una comisión de cardenales para que examinara las Reglas del nuevo Instituto que aprobó por un rescripto de 1741 con el título de “Congregación de Clérigos Descalzos de la Santísima Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo” pero comúnmente se les llamó simplemente “Pasionistas”.

Nuestro santo empleaba en sus misiones los métodos de la piedad barroca, que hoy pueden parecer raros, pero que entonces eran efectivos. A veces se presentaba con una corona de espinas en la cabeza, otras extendía los brazos y si el público no mostraba conversión, se azotaba violentamente delante de todos, por los pecados del pueblo, de tal modo que hasta los soldados y bandoleros lloraban.

En los sermones San Pablo era duro para que los pecadores no pactaran con sus vicios, pero en el confesionario era amable y comprensivo.

En 1746 Benedicto XIV, aprobó de nuevo la Congregación y al año siguiente, en el primer Capítulo general, el santo fundador fue elegido prepósito general, cargo que desempeñó hasta su muerte. Sin embargo nunca dejó de predicar ni de escribir cartas como director espiritual.

No faltó la oposición al Instituto en un sector de la Iglesia, a tal punto que se suspendió la fundación de varios conventos hasta que una comisión pontificia dictaminó a favor de los Pasionistas.

Con su hermano Juan Bautista predicó misiones, enseñando catecismos y atendiendo pobres. Se confesaban y se corregían el uno al otro. Su hermano murió en 1765, lo que hizo sufrir mucho a Pablo.

En 1771 San Pablo de la Cruz llevó a cabo una idea que había acariciado casi 40 años: fundar las Hermanas Pasionistas para promover el amor a la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Al frente puso a la madre María Crucificada Constantini, benedictina, que con permiso del Papa Clemente XIV pasó al monasterio de clausura en Corneto, Tarquinia (Viterbo, Toscana).

En 1772 sintiéndose muy enfermo, mandó pedir al Papa su bendición para morir en paz. Pero éste le respondió que la Iglesia necesitaba que viviera unos años más. Entonces se mejoró y vivió otros tres años.

Al ser suprimida la Compañía de Jesús por la presión de las potencias católicas (España, Francia y Austria), Clemente XIV llevó a los Pasionistas a la iglesia de San Andrés del Quirinal y otorgó a Pablo de la Cruz la cara y la basílica de los santos mártires Juan y Pablo. En ella, junto al Coliseo, vivió los últimos años de su vida; allí lo visitaban los papas Clemente XIV en 1774 y Pío VI en 1775, y allí murió el 18 de octubre de 1775, a los 80 años de edad. El papa Pío IX le beatificó en 1853, y lo canonizó en 1867.

La obra evangelizadora de San Pablo de la Cruz es una de las más fecundas que se conocen; durante más de 50 años realizó misiones por toda Italia.

Si no todos los cristianos estamos llamados a los ayunos y penitencias extraordinarias del santo, sí lo estamos en ser apóstoles de Cristo, a amar su dolorosa Pasión, a orar fervorosamente.

Entre los santos pasionistas figuran: San Vicente María Strambi, San Gabriel de la Dolorosa y Santa Gema Galgani, los tres italianos. Ω